

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 193

25 cts

28 OCTUBRE
1928



- PERO CURRINCHE, ¿COMO TAN PEQUEÑO Y CON EL CIGARRO EN LA BOCA?
- ¿PUES DONDE QUIERES QUE LO TENGA? ¿EN LOS PIÉS?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO, 447.- SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVIÓN NEGRO

NOVELA

Por ALBERTO ORS

(Continuación.)

Los tres «pichones» parten como flechas por el desierto camino a una temperatura de 20 grados bajo cero, bajo un cielo de

acero bruñido, sembrado de clavos de oro... El coche-ro, que ha blindado su estómago con numerosos vasos de aguardiente, descarga una granizada de golpes de *knut* sobre la grupa de los caballos... y el fantástico tren llega a una desierta campiña, Tachent o Samarkanda, en donde tribus de zingaros ganan la vida bailando las danzas tradicionales ante las bellas damas y los pisaverdes de San Petersburgo.

Shasky había acompañado una noche a las dos jóvenes a Samarkanda, y el robusto joven habíase llevado de allí el vago recuerdo de una joven zingara de maravillosa belleza, en cuyos grandes ojos negros reflejábanse salvajes pasiones...

Entretanto, al aire helado humeaba los lomos de los caballos, pero nadie acudía a abrir.

Shasky disponíase a emplear sus hercúleos hombros cuando por fin abrióse la puerta, apareciendo en el umbral el jefe de la tribu, envuelto en una piel de oso.

—¿Qué queréis?

—Déjanos entrar sin dilación...

Los zingaros son muy ladinos y astutos. La actitud de las dos jóvenes y de Wassili, que exploraban aterrados el horizonte, la desenfadada carrera que la espuma y el sudor que cubría a los animales delataba, y la hora tan insólita para aquel género de carrera, despertaron las sospechas del voivoda.

—¿Qué es lo que vienen a hacer aquí a estas horas? Las cantadoras duermen...

—Déjanos entrar —insistió Shasky dominando su impaciencia, pues no quería empeorar la situación con un altercado— pagaremos bien...

Pero el zingaro no se ablandaba ni quería dejar ablandarse. Aquellos días recorrían la estepa malhechores, terroristas y revolucionarios perseguidos por la policía, y a muchos zingaros habíaseles encarcelado y matado por haber dado asilo a individuos de esta clase.

—No sabría qué hacer con tu dinero... No quiero recibirtelo —replicó el viejo jefe de la tribu tratando de cerrar la puerta.

—¡Pues nos recibirás y darás hospitalidad a nuestros caballos, bribón! —exclamó Shasky echando mano a su pistola y agarrándole al viejo una mano para impedirle que cerrase la puerta.

El viejo empezó a gritar pidiendo auxilio, resistiéndose; pero de pronto dijo una voz dulcísima:

—Cálmate, Zub, y deja el paso libre al príncipe...

Al oír esto, Zub bajó el brazo y retrocedió, dejando paso a una zingara joven, de tez transparente, suave

y nítida como el ágata, con grandes ojos negros, en los que el sol de Asia parecía haber dejado sus más bellos fulgores.

—Gracias, bella joven —dijo Shasky sonriendo—, gracias para mis compañeros— añadió señalando a Wassili y a las dos jóvenes. Shasky había reconocido a la zingara que en otra ocasión habíale deslumbrado con su belleza salvaje.

La zingara sonrió a la pequeña comitiva, invitándoles a entrar. Los zingaros tienen una gran pasión por los caballos, de los que son hábiles ladrones en todos los países. La joven llamó a uno de los numerosos chicuelos, sucios y desarrapados, que pululaban a su alrededor, señalándole los caballos.

En un santiamén, los dos animales fueron metidos dentro de la cabaña, bajándolos a un subterráneo en donde fueron frotados y limpios, quedándose debidamente gobernados, mientras que Shasky, Wassili, Vera y Nadia sentábanse alrededor de una mesa sobre la cual había una abundante comida, compuesta de patatas, leche y lardo.

De cuando en cuando, Wassili exploraba, desde un ventanillo, el camino que conducía al bosque; pero no descubría ninguna huella de Godunov. Pero ni él ni sus compañeros fiábanse de esta calma aparente, pues muy bien podía ser que escondiera alguna emboscada.

—Zegedin —la dijo Shasky a la joven zingara, la cual parecía tener por él una ostensible predilección, y escuchábale hablar verdaderamente encantada.

—Habla... ¿qué quieres? —respondió la zingara con una hechicera sonrisa.

—La hospitalidad que nos das es muy dulce; pero ni mis compañeros ni yo podemos aprovecharla mucho tiempo.

—Tenemos que huir...

—¿Por qué?

—Porque nos persiguen.

—¿Quién?

—Un despiadado enemigo que quiere que muramos en medio de los más atroces tormentos.

—¿Y quién es él?

—Un hombre que nos odia. El capitán Godunov.

—¿Y por qué os odia?

—Porque ama a esta joven que ves aquí —dijo señalando a Vera— y ella le odia.

—¿Por qué le odias? —la preguntó Zegedin a Vera—. Eres muy bella y debes de ser muy buena; ¿cómo puedes tener odio en el corazón?

—Le odio, porque me ha destruido el alma y he jurado vengarme...

Los ojos de Vera lanzaron llamas.

—No quisiera encontrarme en su lugar —murmuró Zegedin—. Y añadió: ¿Quieres decirme en qué te ha ofendido?

Vera la narró brevemente a la zingara su historia.

—¿Y ahora? —le preguntó ésta—. ¿A quién pertenece tu corazón?

—¡A él para siempre! —respondió Vera señalando al cielo.

—¿Comprendes ahora? —repuso Shasky—. El infame va pisándonos los talones, puede estar aquí de un momento a otro y si nos encuentra estamos perdidos. El es omnipotente... y disfruta del favor del Czar...

Una misteriosa sonrisa crispó los labios de Zegedin.

—¡Venid! —dijo.

Los fugitivos siguieron a la joven.

Un zingaro, pálido y delgado, que durante este coloquio había permanecido inmóvil junto al fuego fumando su pipa, levantó sus ojos sobre Zegedin y pareció dirigirla una mirada interrogadora.

La zingara vió esta mirada; pero, encogiéndose graciosamente de hombros con gesto desdenoso, no le respondió. El grupo descendió por una escala de madera, estrecha y tosca, al final de la cual abriase un subterráneo. Zegedin buscó entre la paja que cubría el suelo una argolla de hierro, y pasando por la argolla un gancho tiró de él hacia sí. Levantóse un terrón de tierra dura y compacta, dejando una abertura al descubierto. Zegedin introdujose la primera por aquella trampa, siguiéndola los demás. Después de bajar unos pocos y empinados peldaños, encontráronse todos envueltos en la oscuridad más profunda. Pero, de pronto, una viva luz iluminó un vasto subterráneo. Zegedin había encendido una antorcha adosada en el muro contiguo a la escalera. En el subterráneo había escondidas pellizas, odres de vino, grasa de carnero y de cerdo y géneros de todas clases, que los zingaros habían recogido y escondido allí en previsión de las partidas terroristas y de bandillaje que asolaban los alrededores de San Petersburgo con el pretexto de la revolución política.

—Aquí estaréis divinamente —les dijo Zegedin a sus nuevos amigos—. Nadie podrá descubriros ni nadie os traicionará ni por todo el oro del mundo. Cuando vuestro perseguidor se haya convencido de que no os ocultáis aquí, dirigirá a otra parte sus pesquisas y vosotros podréis decidir lo que más os agrade y convenga. Yo misma —continuó diciendo la joven zingara— me ocuparé de suministraros todo lo necesario para que vuestra permanencia aquí dentro no os resulte tan penosa.

Los cuatro fugitivos diéronle efusivamente las gracias a su bienhechora y la prometieron marcharse de la hospitalaria cabaña lo más pronto posible.

Zegedin, moviendo la cabeza, sin decir una palabra más, desapareció.

Apenas hubo salido de allí, encontráse Zegedin con el zingaro que poco antes la lanzase una mirada de amenaza. La joven quiso evitar su encuentro, dirigiéndose velozmente a la estancia superior; pero él la cerró de nuevo el paso.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Zegedin con impaciencia.

—¡Tú amas al extranjero! —murmuró el zingaro con voz ronca.

—¿Y si fuese cierto? —exclamó Zegedin colérica, cruzando los brazos sobre el pecho en actitud de desafío.

El zingaro no la respondió inmediatamente; pero el temblor de su labio inferior revelaba la lucha que librábase en su alma.

—¡Ya sabes que yo te amo y que me vengaré!

Zegedin miró al joven desdeñosamente de arriba abajo.

—¡Estás loco! ¡Vengarte!... ¿Con qué derecho? ¿Acaso no soy yo dueña de mi voluntad y de mi persona? ¡Nadie en el mundo me da miedo y quieres que te tema a ti!

El zingaro estremeciése, asaetando a Zegedin con coléricas y amenazantes miradas.

—Es inútil —añadió la joven con acento de desprecio— es inútil que me mires así. ¡Yo amaré a quien me parezca bien, y tú no harás nada! ¡Te conozco demasiado! ¡Lo que es tú, no eres de las personas que pueden darme miedo!

Después de decir esto, Zegedin, haciendo un movimiento rápido y despreciativo, dejó plantado al zingaro, sombrío, y subió ligera la escalera.

* * *

Cuando el profesor Guthowsky vió a Godunov caer al suelo, quedóse contemplándolo durante unos minutos. Godunov respiraba anhelante como si quisiera aliviar a su pecho de un gran peso.

El profesor se le acercó, inclinándose sobre él, pasándole una mano por el tórax.

La anhelante respiración cesó instantáneamente, siendo reemplazada por una respiración tranquila y regular.

Entonces, el biólogo probó a levantar los miembros del paciente. Estaban rígidos y volvieron a caer al suelo de golpe, como si fueran de madera. La mano del profesor hizo una fuerte presión sobre el vértice de la cabeza. Inmediatamente los miembros distendiéronse adquiriendo flexibilidad.

Entonces, el sabio dijo en voz alta:

—¡Godunov!

El oficial no hizo ningún movimiento, sólo agitó levemente los párpados.

—¡Godunov! —repitió el profesor con voz imperiosa.

Godunov dilató el tórax, lanzando un profundo suspiro.

—¡Responde!

La voz del sabio era cada vez más imperiosa y resuelta.

De los labios de Godunov brotó un gemido.

—¿Me has entendido? ¡Obedéceme y responde! —repitió el profesor con un acento de incontestable imperio.

—¿Qué quieres? —dijo Godunov con voz débil.

—Que me obedezcas..., ¿estás dispuesto?

—Godunov calló.

—¡Animo! ¡Obedéceme y responde!

—¡Estoy dispuesto! —respondió débilmente Godunov después de un breve silencio.

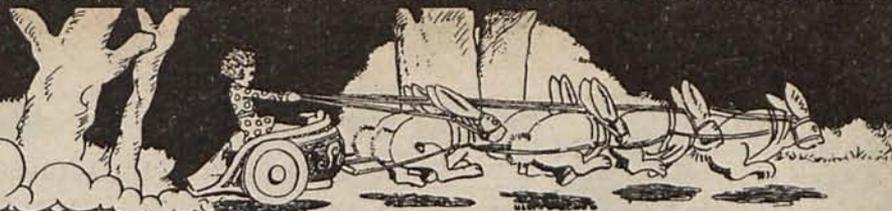
—¡Ponte de pie!

Godunov se quedó inmóvil.

—¿Con quién hablo? Te he dicho que te pongas de pie y tú debes de obedecerme... debes, ¿comprendes?

(Continuará en el número próximo.)

ANITA BUEN- CORAZON



¡DICEN QUE SON LOS CONEJOS LOS QUE TRAEN LOS HUEVOS DE PASCUA! ¡COMO SI LAS CONEJAS PUSIERAN HUEVOS!



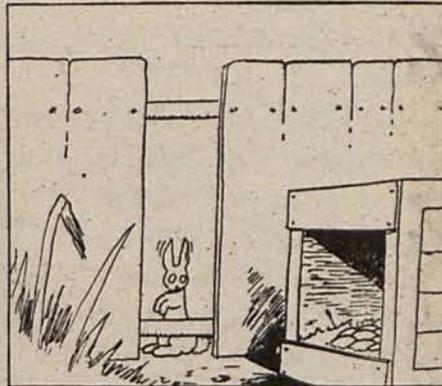
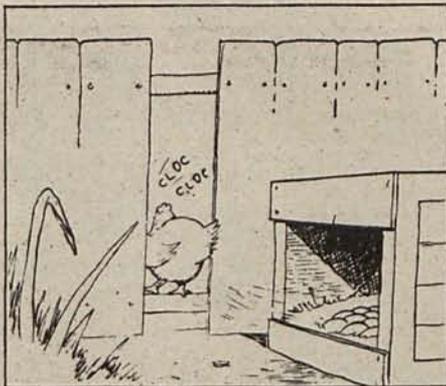
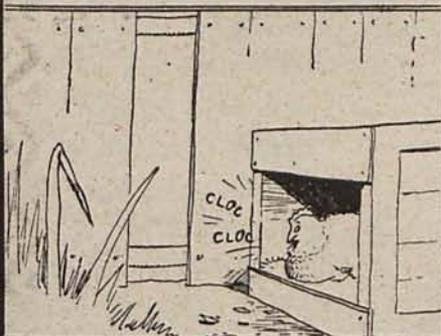
¡ES ESTUPENDO LO QUE CREEN MUCHAS PERSONAS, PERO NOSOTROS SOMOS MAS LISTOS Y NO CREEMOS ESAS ENGANIFAS!



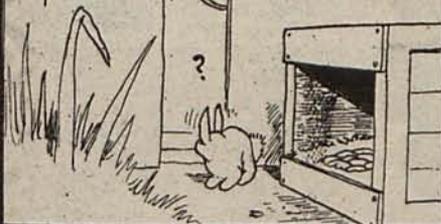
¡ESTO ME RECUERDA QUE AQUI CERCA HAY UNA GALLINA CLUECA, SEGUN ME HAN DICHO! ¡VAMOS A VER SI LA ENCONTRAMOS!



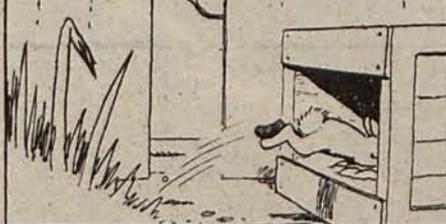
MIENTRAS TANTO.....



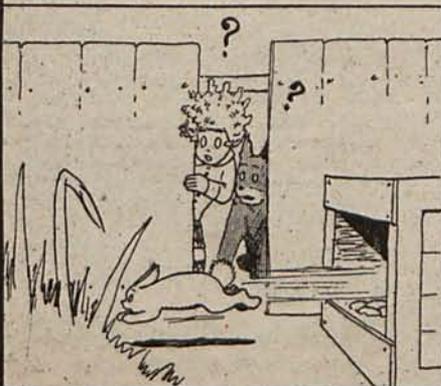
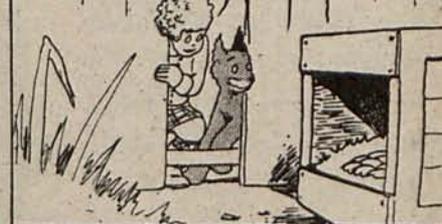
¡POR LAS SEÑAS QUE ME HAN DADO CREO DEBEMOS ESTAR MUY PROXIMOS YA!



¡AQUI DEBE SER! ¡NO HAGAS RUIDO PELUCHO, A FIN DE EVITAR QUE SE ASUSTE!



¡AQUI ESTÁN EL NIDO Y LOS HUEVOS PERO NO VEO A LA GALLINA POR NINGUN LADO!



¡BUENO, SI ME DICEN A MI QUE HAY ELEFANTES QUE VUELAN, LO CREO DESPUES DE LO QUE HEMOS VISTO!



¡Y YO QUE CREIA QUE ESO DE LOS CONEJOS ERA IMPOSIBLE! ESTO PRUEBA QUE NADA ES IMPOSIBLE!





EN EL PAÍS DE LOS ZULUS

CUENTO POR E. SALGARÍ

(Conclusión.)

—No nos molestes lo más mínimo, si estimas en algo la piel.

Pablo Carbet no pensaba ni mucho menos en importunarlos. Satisfecho estaba con hallarse aún vivo, para exponerse a nuevos peligros.

Comió ávidamente y se dejó caer sobre la yacija de hojas frescas; en su tranquilo sueño volvió a verse las mangas adornadas con los famosos galones tan codiciados.

Una desagradable sorpresa le esperaba al despertar. Los cuatro negros, durante la noche, habían cerrado la entrada de la caverna con un peñasco enorme, impidiéndole salir.

Previamente dejaron en el antro un cántaro lleno de agua y un cesto con panochas de maíz y grano de cebada, víveres suficientes para resistir con frugalidad cuatro o cinco días.

El desgraciado Carbet creyó al principio que los guardianes le habían encerrado para que no huyera, y que estarían aún en las cercanías. Pero tuvo que convencerse de que se habían ido, dejándole solo.

Un momento dejóse ganar por un acceso de desesperación, viéndose condenado a perecer de hambre y sed en aquella caverna llena de momias; pero luego, poco a poco, se tranquilizó.

—Cuando me dejan víveres —pensó— es que no tienen el propósito de dejarme morir. Quizás vuelvan de vez en cuando a traerme alimentos.

Después se le ocurrió que debía aprovechar la ausencia de sus guardianes para procurar la fuga.

La cosa no le parecía sencilla. Apartar aquella enorme piedra que cerraba casi herméticamente la entrada de la caverna era imposible para un hombre solo.

Así, pues, se decidió por explorar la prisión, que se prolongaba en numerosas galerías, alguna de las cuales acaso condujera al exterior.



Aquella idea se le fijó en el cerebro en forma tal, que no le dejó ya tranquilo. Habría necesitado una antorcha, y no tenía más que algún fósforo que pudo esconder en el cinturón.

Estaba buscando el medio de encender algo, cuando se acordó de las momias, que le habían parecido muy secas y untadas además con una especie de resina.

Tomó una al acaso, sin experimentar ningún escrúpulo por aquella profanación, y probó a encenderla.

Una viva llama se desprendió al punto del cadáver disecado del negro, deshaciéndose en chispas. Ardía mejor que una antorcha,

de tal modo estaba impregnado de resina.

Pablo Carbet no vaciló en aventurarse por una de aquellas galerías.

Unos cincuenta metros llevaría recorridos cuando advirtió que una viva corriente de aire hacía vacilar la llama.

Aquello era una buena señal.

Acaso una abertura que existiese al extremo del pasadizo; no había duda, así era.



Echó a correr; la galería avanzaba cuesta arriba describiendo ángulos de trecho en trecho.

De improviso la momia se apagó bajo una bocanada de viento impetuoso. Ya no le hacía falta: ante él se abría una amplia hendidura, suficiente para dejar paso a un cuerpo humano.

Pablo Carbet la salvó en un segundo y se encontró en la cima de la montaña.

Apenas miró a su alrededor, oyó un estrépito terrible de fusilería, y luego cañonazos.

Toda la llanura estaba cubierta de soldados ingleses, que marchaban al asalto del campamento zulú. El fuego de metralla no cesaba ni un solo instante.

Las tropas inglesas, pegadas al suelo, se arrastraban lentamente como reptiles, deteniéndose tan sólo para encañonar sus fusiles y hacer nuevas descargas.

Por la otra parte, los sitiados, ante la posible realidad de verse libres del asedio de los zulús, hacían fuego con más encarnizamiento que nunca, con más entusiasmo, con más fe ciega en que aquellos disparos habían de volverles a la ansiada libertad.

Los negros, cogidos entre el fuego de los sitiados y el de los asaltantes, huían por todas partes entre un clamor inmenso, sin tratar de oponer resistencia. Sobre la blanca tierra de la llanura destacaban los negros fugitivos, semejando un inmenso hormiguero puesto en dispersión. Gritos y voces incoherentes acompañaban a los negros en su huida. Aún muy alejados del peligro continuaban huyendo, perseguidos no ya por las balas, sino por su propio terror.

A los pocos instantes no quedó ni un solo zulú en toda la llanura.

Carbet sabía ya bastante.

Bajó corriendo por la falda de la montaña, entre los árboles, mientras en el llano la batalla continuaba furiosa.

Llegado a la llanura, vió que los ingleses sitiados en el fortín y sus libertadores vivaqueaban en el campamento de los zulús.

Los refuerzos prometidos por el general Campbell habían llegado tres días antes, y a marchas forzadas acudieron en auxilio del capitán Thompson y sus valientes soldados, desbaratando completamente los batallones de Chetivayo.

Cuando los ingleses vieron a Pablo Carbet, a quien creían muerto, y cuyo arrojo había salvado a la guarnición del fortín, decidida ya a rendirse por falta de víveres, lo llevaron en triunfo por el campamento, entre interminables hurras.

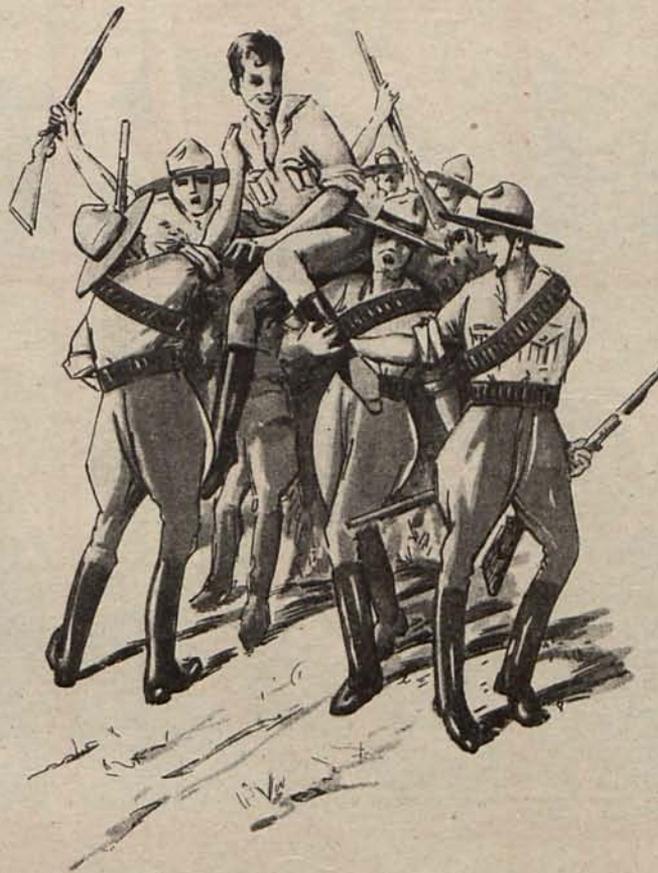
Al día siguiente el general Campbell le nombraba, en presencia de las tropas, sargento del primer regimiento de fusileros galeses.

Aquellos eran los primeros galones y no debían ser los últimos.

Al finalizar la campaña, que terminó con la captura de Chetivayo y sus secuaces, Pablo Carbet era ya oficial.

El humilde labriego de las Ardenas podía estar orgulloso y volver al pueblo natal sin miedo a las bur-las de sus paisanos.

Hoy, el antiguo voluntario es capitán, y se le tiene por uno de los oficiales más valientes del ejército de la India.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



AHORA QUE ESTAMOS SOLOS VOYA REVELARTE UN SECRETO, CURRINCHE. NO SE LO DIGAS A NADIE, PERO YO HE SIDO EL QUE HA ECHADO EN EL MAR TODA LA SAL QUE TIENE

¡ANDA, QUE SI LO SUPIERAN, BUENO LO IBAN A USTED A PONER



MIRA, CURRINCHE; POR ALLÍ SE ASOMA CUANDO EN CUANDO UNA NUBECILLA QUE NOME GUSTA. COMO SEA DE TORMENTA NOS HEMOS CAIDO.



¿NO TE LO DECÍA YO? ¡YA PUEDES IR CORRIENDO A CASA A TRAERME UN SALVAVIDAS!

MEJOR SERÁ QUE PIDA USTED DOS POR TELÉFONO



NO TE PREOCUPES, CURRINCHE, QUE SI NOS AHOGAMOS LOS DOS YA IRE YO A DECIRLE AL MAESTRO QUE NO TE PONGA FALTA



¡MI ABUELA! ¡QUÈ DESORDEN! ¡AQUÍ CADA OLA VA POR DONDE LE DÁ LA GANA!



¡QUE VENGA UN GUARDIA DE LA POLICIA!

¡EH! ¡NO VALE ARREMPUJAR DE ESA MANERA!



¡DON TURULATITO! ¡YO ESTOY, K.O.!

Y YO, R.I.P.



BANDO
SE HACE SABER: Que habiendo aharecido una terrible tortuga en la plaza que amenaza con destruir el pueblo, se gratificará con 1000 pts al que presente viva o muerta la cabeza de la tortuga en esta Alcaldia. La cabeza tiene cuatro pelos y unos bigotes así:

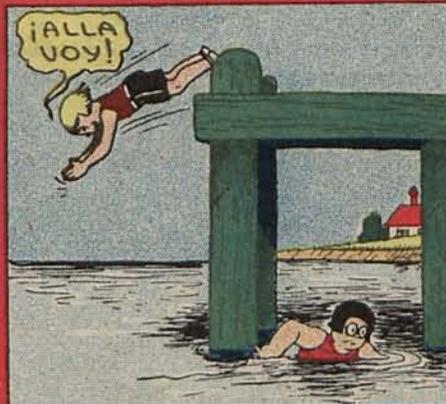
¿HA LEIDO USTED EL BANDO, DON TURULATO?

SI, RICO; ANDA, DATE PRISA NO VAYAMOS A PERDER EL PRIMER TREN





COLORÍN y su PANDILLA



© 1958 by The United Artists Corp.

BRANER

CUENTOS DE CALLEJA

EL VIOLIN MÁGICO

Castillo



UN rico judío tenía un criado muy fiel: nunca se quejaba y siempre estaba contento. Al terminar el plazo de su ajuste, no le pagó su amo.

—Mientras no le pague, no se irá —pensaba el avaro—, y así tengo criado seguro y ahorro mi dinero.

El sirviente no reclamó su salario el primero ni el segundo año.

Al concluir el tercero, se decidió a decirle:

—Señor, os he servido fielmente durante tres años; dadme lo que en justicia me pertenece; quiero marcharme a correr mundo.

—Sí, hombre, sí —le respondió su amo—; me has servido bien y te recompensaré generosamente. Toma; te doy un ducado por año. Esto hace una fuerte suma; en ninguna parte te hubieran dado un salario tan grande.

El pobre muchacho, que no entendía de moneda, tomó su capital y se puso en camino por valles y montes, cantando y saltando con la mayor alegría. Al pasar cerca de un chaparro encontró un viejecito que le dijo:

—Muchacho, ¡qué alegre vas!

—Sí; soy joven, estoy bueno y llevo en mi bolsillo el salario de tres años.

—¿A cuánto sube tu capital?

—A tres ducados.

—Oye un momento —le dijo el viejo—; yo soy un pobre que está en la última miseria; dame tus tres ducados, y tú, que eres joven, podrás fácilmente ganar otros.

El joven le dió su dinero diciendo:

—Tómalos, por el amor de Dios; yo puedo pasarme sin ellos.

—Tienes buen corazón y quiero concederte una cosa por cada ducado que me das.

—¡Hola! —exclamó el joven—. ¿Eres acaso encantador? Si así es, quiero que me regales una escopeta que no yerre nunca el blanco, un violín que haga bailar a todos los que lo oigan tocar y, por último, que nadie pueda negarme lo que le pida.

—Concedido —dijo el viejo.

Y entreabrió el chaparro, donde estaban el violín y la escopeta y los entregó al joven diciéndole:

—Cuando pidas alguna cosa, nadie podrá negártela.

—¿Qué más puedo desear? —dijo el muchacho.

Después que hubo recorrido muchos países, y cuando regresaba a su tierra, se encontró en el camino con su amo el judío, que estaba escuchando el cántico de un pájaro colocado en la copa de un árbol, y decía:

—¡Qué voz tan hermosa tiene! Quisiera cogerlo.

El muchacho apuntó con su escopeta, disparó, y el animal cayó entre las espinas que había al pie del árbol.

—Ya podéis coger vuestro pájaro —le dijo.

El judío se puso en cuatro pies para entrar en las zarzas.

Cuando estuvo en medio, el muchacho, queriendo hacer pagar a su pícaro amo las bribonadas que le había hecho, cogió su violín y se puso a tocar. En el acto empezó el judío a menear los pies y a saltar, y a medida que el joven tocaba el violín, con mayor ardor bailaba. Las espinas despedazaban los andrajos de que iba vestido el judío, le arrancaban la barba y le llenaban el cuerpo de sangre.

—¿Qué música es esa? Deja de tocar, infame chiquillo.

—Baila, avaro, y desuéllete; bastante gente has desollado tú.

Y siguió tocando.

El judío saltaba, saltaba, y los pedazos de sus vestidos quedaban colgados en el chaparro.

—¡Desgraciado de mí! —exclamaba—. Deja de tocar ese maldito violín y te dare una bolsa de oro.

—Puesto que sois tan generoso, dejaré de tocar; pero bailáis con gran perfección...

Y siguió su camino después de tomar la bolsa.

El judío le vió partir, y cuando ya el muchacho estaba lejos, fué en busca del juez.

—Señor —le dijo apenas se vió en su presencia—, me han robado en el camino real; ved mis vestidos despedazados, mi cuerpo desollado. ¡Por amor de Dios, hacedme justicia!

Algo extrañó al juez que un judío se dejase robar; pero las desgarraduras de las ropas y algunos rasguños que tenía en la cara, brazos y piernas, parecían mostrar que el judío decía verdad.

—¿Y quién te ha robado? —dijo el juez.





—Un joven que lleva una escopeta y un violín al cuello.

El juez mandó soldados en persecución del culpable; el muchacho no andaba ni iba muy de prisa, por lo cual no tardaron en encontrarle, y le prendieron, hallándole el bolsillo del judío. Cuando compareció ante el Tribunal, dijo:

—Yo no he tocado al judío ni le he quitado su oro; me lo ha dado voluntariamente porque no tocase mi violín.

—¡Dios me ampare! —exclamó el judío—. Este granuja inventa las mentiras al vuelo.

El juez también dijo:

—Mal os defendéis, acusado; los judíos no dan su dinero sino a la fuerza.

Y condenó al muchacho a la horca por haber robado en despoblado.

Cuando conducían al pobre joven al suplicio, todavía lo insultaba su rencoroso amo diciendo:

—¡Bribón, vas a pagar lo que tanto mereces!

El muchacho, con mucha tranquilidad, dijo al juez:

—Os ruego me concedáis un favor antes der morir.

—Lo tienes concedido, siempre que no pidas la vida —dijo el juez.

—No haré tal; sólo deseo tocar un aire en el violín.

—¡Por el amor de Dios, señor juez, no lo permitáis —dijo el judío.

Pero el juez había dado su palabra y, además, no podía negárselo, porque ya sabéis que el joven se hacía conceder todo lo que pidiera.

Viendo que no había remedio, el avaro gritó:

—¡Que me aten! ¡Atadme fuertemente!

El muchacho bajó la mitad de la escalera de la horca, tomó su violín y, al preludiar, ya todo el mundo comenzó a moverse: el juez, el escriba-

frente, saltaban más altos. La danza se generalizó, bailando todos los espectadores, gordos y flacos, jóvenes y viejos, niños y mujeres; hasta los perros se levantaban sobre su patitas traseras. Cuanto más tocaba, más saltaban los bailarines; las cabezas chocaban unas con otras y los cuerpos se daban violentos empujones. El juez exclamó, perdido el aliento:

—Te concedo la vida si dejas de tocar.

El muchacho colgó su violín y se acercó al judío, que estaba rendido en el suelo.

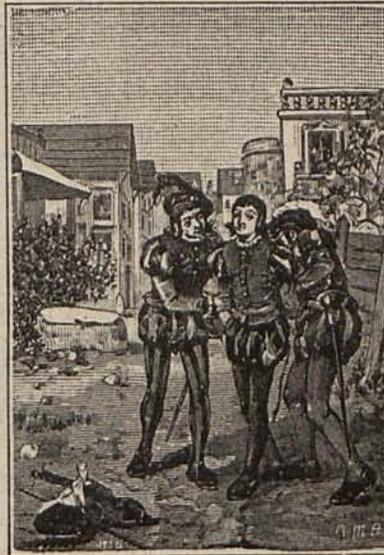
—Viejo usurero



—le dijo—, di en alta voz de dónde has sacado ese oro y que tú me lo diste. Si no lo haces, vuelvo a tocar hasta que mueras reventado.

—¡Lo he robado, lo he robado a los que me servían! —exclamó el judío a grandes voces—. ¡Señor juez, este muchacho es inocente: yo mismo le di el oro porque no tocase más!

En vista de tal confesión, el juez dispuso que ahorcasen al judío, y dando el dinero al músico, le dejó marchar a su país, recomendándole que hasta salir del pueblo no tocase, pues había cobrado miedo a la virtud mágica del violín.



no y los criados del verdugo.

Cuanto más hacían por conservar la gravedad propia del acto, mayores eran los movimientos ridículos que el violín los obligaba a realizar.

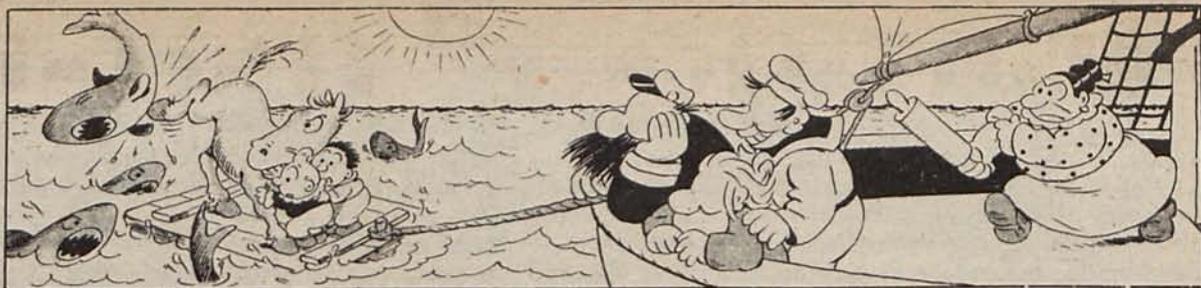
La cuerda se cayó de las manos del que ataba al judío. Al empezar la sinfonía, todos comenzaron a saltar y a bailar: el juez y el judío, al

Nuestro joven marchó de la ciudad, donde gracias a Dios, por haberle ayudado a salir con bien de la asechanza del judío, y dispuesto a perseverar toda su vida en el ejercicio de las buenas costumbres y amor al prójimo, que son los más firmes baluartes en que puede apoyarse toda conciencia humana para lograr su salvación.

Llegado que fué a su pueblo, hizo muchas obras de caridad con el dinero que le dió su antiguo amo, y de esta forma, cuando murió, ya muy anciano, fué llorado por todos sus amigos y convecinos, pues no tenía ni un solo enemigo en todo el lugar.

FIN





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, mi querido buho, ¿qué quiere decir vegetariano?

—Bueno, mira, amigo Chonón; lo primero de todo es dar los buenos días, y luego ya hablaremos, ¿no te parece?

—Perdona mi falta de atención. Buenos días.

—Buenos días. Ahora ya podemos charlar. Vegetariano quiere decir que sólo come vegetales, así como carnívoro que come carne, herbívoro que come hierba, omnívoro que come de todo.

—Bueno, bueno, no te extiendas tanto. Me interesa sólo lo de vegetariano. Quiero que me digas si debemos ser vegetarianos o si debemos comer carne.

—En realidad no hay razón alguna para que no debamos comer carne. Muchos creen que no es justo matar animales para alimentarse de su carne; pero matándolos sin atormentarlos no hay por qué privar a la humanidad de un alimento tan nutritivo y sano como es la carne.

—Pues yo opino que no tiene el hombre derecho a sacrificar a ningún animal para nutrirse de él, pudiendo alimentarse de otras cosas.

—El sacrificio por puro pasatiempo es, desde luego, injusto; pero si se hace respondiendo a una necesidad, no es ya censurable. Es muy lógico que las formas más bajas de vida sirvan para sostener y mejorar las más elevadas. ¿Tú no matarías a un animal si supieses que con este sacrificio salvabas la vida de un niño?

—Sin recelo alguno.

—Pues lo harías sin otro derecho que el que acabo de decirte. La vida del niño es superior a la del animal, y es perfectamente lógico sacrificar la vida de éste antes que dejar perder la de aquél. Entre la vida del uno y la del otro la elección no es dudosa.

—Pero no es lo mismo salvar una vida que satisfacer un apetito. Sin comer carne podíamos pasar muy bien.

—En esto estás equivocado, Chonón. Está demostrado que la carne, aparte su exquisito gusto, tiene para el hombre mucho más valor nutritivo que casi todos los demás alimentos, y además, las substancias que contiene son muy beneficiosas para el estómago, porque estimulan la secreción de más jugos que otra cualquier materia. Por esto comprenderás que el uso de la carne como alimento responde a una necesidad y no a un capricho. Una persona débil necesita ingerir alimentos poderosos en jugos, y ninguno tan útil como la carne.

—Pues, sin embargo, yo he oído decir que estaríamos más sanos y más fuertes si no comiésemos carne. ¿Tú crees que es verdad?

—Eso depende de la constitución orgánica de cada uno. A unos les conviene comer carne y a otros les beneficia más pasar sin ella. Pero lo general es que la carne pruebe bien a todos. La carne blanca, como la pechuga de una gallina o el lomo de la ternera, se digieren muy bien. Esto ocurre con casi todas las carnes blancas, como las de muchos pescados.

—Entonces quieres decir que el color de la carne es un factor muy importante para su uso.

—No es el color precisamente el que influye en su calidad. La carne está formada por fibras musculares más o menos largas y más o menos gruesas. Cuanto más cortas y más delgadas son estas fibras, tanto más fáciles de digerir. La langosta, por ejemplo, es de difícil digestión, porque sus fibras son muy fuertes y muy espesas y se resisten mucho a la acción de los jugos del estómago.

—¿Y dices que el valor nutritivo de la carne es mucho?

—Desde luego. Este valor consiste en la gran cantidad de albúmina que contiene, y además en las sales. La albúmina es una substancia que no tiene color, olor ni sabor. Comprenderás con esto que el alimento de la carne no depende de su sabor. Los extractos o jugos de carne sólo contienen el sabor y algo de sales; pero dejan el verdadero alimento en la carne.

—Yo creía todo lo contrario. Para mí el jugo de carne era de un gran poder nutritivo.

El jugo es un gran estimulante no sólo para la digestión, sino también para el cerebro.

—En resumen, venimos a la conclusión de que no reporta grandes ventajas hacerse vegetariano, ¿no es eso?

—Desde luego. Es más, yo creo que el comer carne es beneficioso para el estómago. Los vegetarianos comprenden, sin duda, que los alimentos vegetales no son lo suficientemente fuertes para mantener en un perfecto estado el organismo, y, a pesar de su teoría vegetariana, toman leche, que es de procedencia animal, y no se privan tampoco de los derivados de esta substancia, como los quesos y las mantecas. También comen flanes, y en éstos ya sabes que entra el huevo como principal componente.

—El huevo sí que es alimenticio, ¿verdad, buho?

—Es alimento excelente. La clara está formada de nueve partes de agua y una de albúmina; y la yema, que es desde luego la parte más nutritiva, consta en su mayor parte de grasa; pero una grasa muy digerible. Además, contiene el huevo cal, hierro y fósforo. Es, pues, la yema de huevo un alimento excelente para personas de sangre pobre y para niños de constitución raquítica.

—Y para los que somos fuertes, también. A mí el huevo me gusta de todas las formas. Frito, cocido, en tortilla y, sobre todo, en flan y en helado mantecado. De esta última forma es mi debilidad.

—También a mí me encanta el mantecado. Vamos a ver si entre los dos reunimos dinero bastante y nos convidamos mutuamente a un heladito, ¿qué te parece?

—Soberbio. Como todas tus ideas, amigo buho. Yo tengo diez céntimos a tu disposición.

—¡Caramba, que poquito! Para poner eso prefiero que no pongas nada, y así tengo completa la satisfacción de convidarte.

—Hombre, muchas gracias. ¿Quién se resiste a un couvite tan agradable con el calor que hace?

—Ponte el gorro y vámonos.

—Cuando gustes.

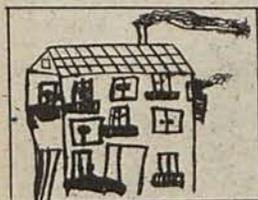


COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE OCTUBRE



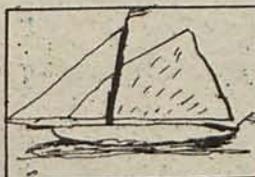
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



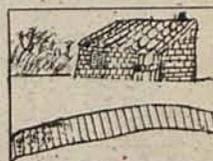
Mi casa y las nubes del invierno.
M. GUSTAVO BADA.



Morronguis.
LALÍN.



Balandro en las regatas.
TIRUCHO CÁRCABA.



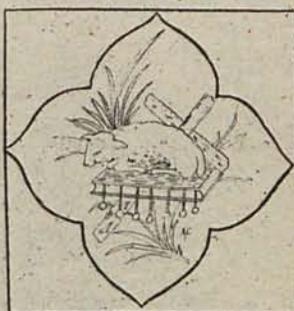
Caseta de un guardavías
JESUSA MORALES



Un elefante.
ARACELI ALVAREZ.



Les barraques.
CARMEN MIRALLES.



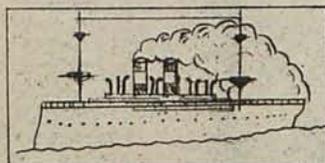
Cordero de Dios.
AURORITA CARRASCO.



Personajes pinochistas.
CARMEN VALDEPEÑAS.



Don Turulato.
MARÍA TERESA.



Un acorazado.
RICARDO RIVAS.



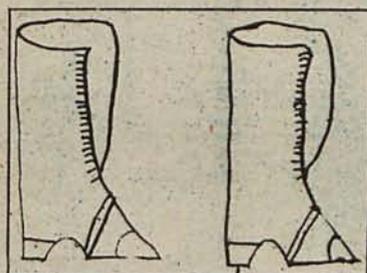
Una carabela
ESTER RAMÓN.



En el corral.
MIGUEL ALMINANA.



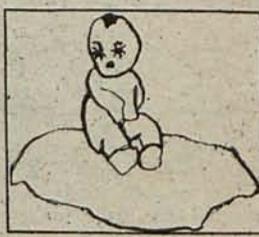
El «auto» de Pinocho.
PEPE GARALDÓN.



Las botas de mi abuelita.
BERTA REY.



Un plátano.
PEDRÍN NIGORRA.



Mi hermanin cuando era pe-
queñin.
ROSARIO LOSADA



Un gaucho.
M.ª MATILDE FER-
NÁNDEZ



Amazona.
M. A. DS SOTO-
MAYOR.



La princesa
ROSA LUZ.
M. C.



Paisaje de Cuenca.
SALVADOR.



Un «auto» de carreras.
M. A. SORIA.



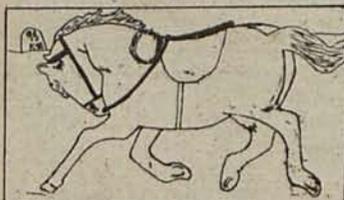
¡Buena pica!
MARCELO LOZANO.



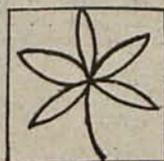
¡Vaya estudiante!
MARGARITA COLL.



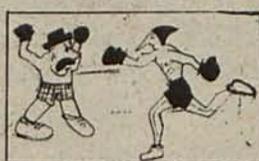
Castillo feudal.
A. SIERRA.



El caballo Buk-Jones.
JESÚS GARCÍA.



La rosa.
JUAN BOFILL.



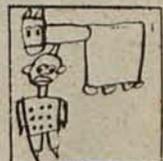
Pinocho y Don Turulato, boxea-
dores.
ANTONIO ROGEL.



El sabio chino.
L. A. NIETO.



Un caballero.
ROMÁN JUGO.

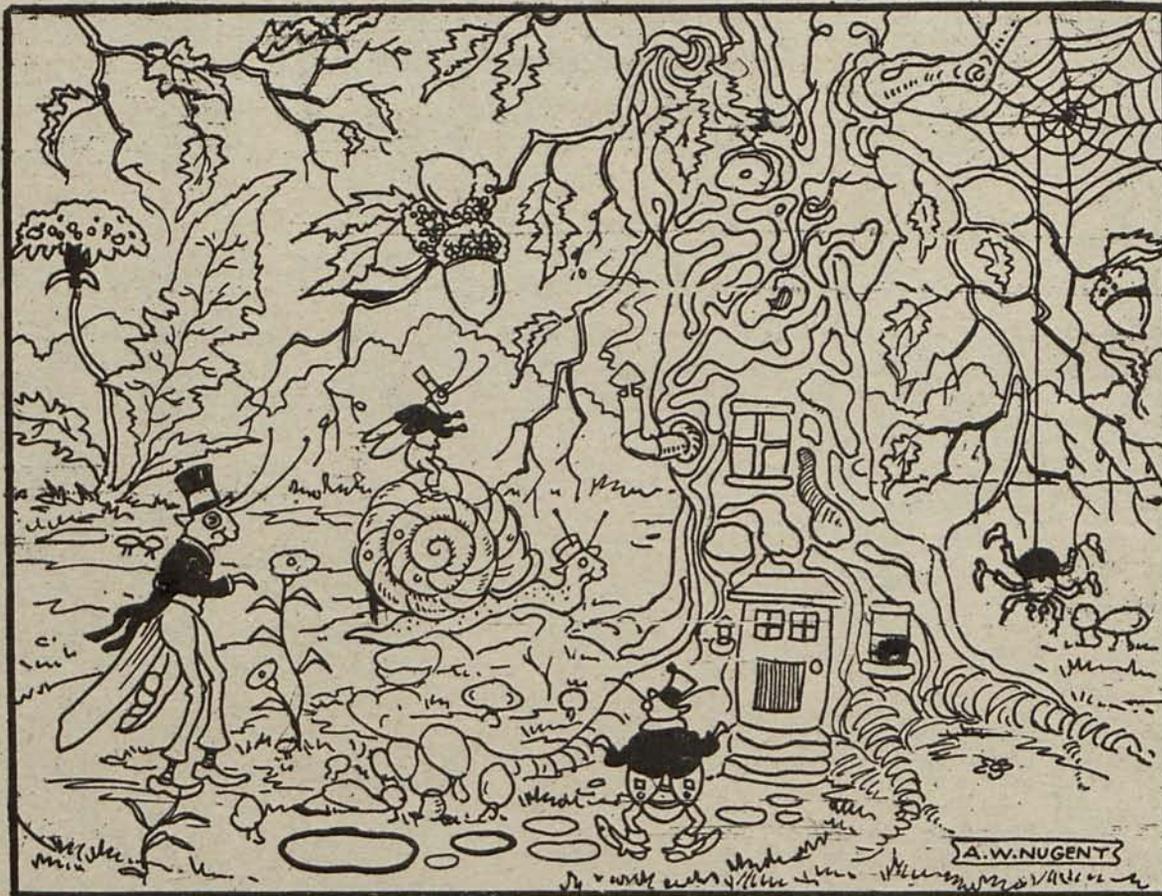


Sparfíto y Currin-
che.
ROSARITO AMADO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL JARDÍN DE LOS INSECTOS



En este delicioso jardín vivían los insectos como en un paraíso. Todo era paz, calma y bienestar. Don Caracol paseaba sobre su encorvada cáscara a Doña Mariquita; la señorita Araña se columpiaba pendiente de un hilo de su tela. El señor Escarabajo contemplaba gozoso su vivienda. Pero he aquí que la paz se ha turbado de pronto. ¿Sabéis la causa? Pues os la voy a decir. Dos enormes ratones han llegado. Están escondidos, pero vosotros los encontraréis.

EL ZORRO

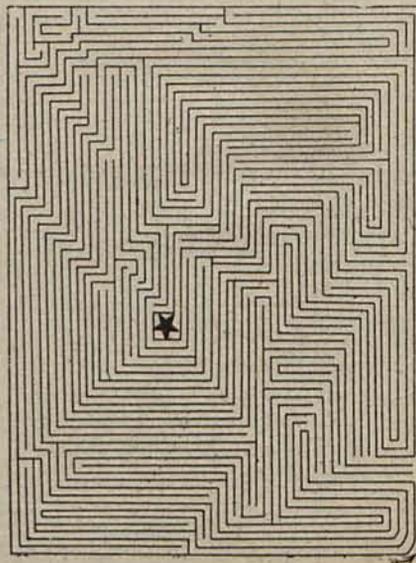
MATEMÁTICO

Nos pide el sabio Zorro que coloquemos en cada cuadrante una de las cantidades que él ha escrito en la pared; pero de tal forma, que cualquier suma que se haga vertical, horizontal o diagonalmente ha de dar siempre 9.

1 · 1½ · 2
2½ · 3 · 3½
4 · 4½ · 5

LABERINTO

Este laberinto es igual que todos los demás, sólo que es completamente distinto. Entrando por el lugar señalado con una flecha, hay que llegar a alcanzar la estrella del centro. No habrá para vosotros ninguna dificultad, ¿verdad, queridos pinochistas?



SECCIÓN PIRULA



CHARLAS DE PIRULA... BORDADORA

Ambo... ató... — Os aseguro que os equivocáis: Tildita no es tonta. ¡Ah! Claro que a veces lo parece, porque eso de tenerle miedo a la oscuridad no es de niña razonable; resulta

inverosímil que se pueda ser una niña inteligente y sentir un miedo tan tonto. Y, sin embargo, así le sucede a Tildita, y no es extraño que la pobre se haya ganado fama de tonta.

Pero la prueba de que Tildita, a pesar de todo, no es tonta es que esa desazón interior que siente en cuanto se halla en un lugar a oscuras, y a la que casi no me atrevo a llamar miedo, por ser ésta una palabra ridícula e indigna de una Pirulinda que se respeta, esa desazoncilla, repito, ella sabe ahuyentarla muy bien.

¿Sabéis cómo? Pues es muy sencillo: cantando.

Tan pronto como nota que «va a tener miedo», suelta el trapo a cantar alegremente: «¡Soy la garsón, són, són!...», o «¡Hay que ver, hay que ver, las cosas que hace un siglo!...», o «¡Valencia! es la tierra...», o, lo más indicado para el caso, «Y todo a media luz...»

Lo que no le alabo a Tildita es su gusto en elegir canciones; la verdad, me hacen poca gracia todos esos cuplés que un tiempo están de moda y se oyen por todas partes y acaban por resultar unas «tabarras» insoportables.

¡Cuánto más simpáticas son las canciones infantiles, que siempre son bonitas y nunca cansan, pase el tiempo que pase por ellas!

Si me dieran a elegir entre todas las canciones infantiles españolas, no sabría cuál designar de tanto como me gustan todas. Y vosotros, ¿cuál preferís? ¿«De los árboles frutales...» o «Mambrú se fué a la guerra...»? ¿«Al alimón, al alimón, que se ha roto la fuente...» o «Me casó mi madre, chiquita y bonita, ay, ay, ay...»? Pues, ¿y aquella que dice: «Lo que más pena me daba era mi mata de pelo...»? ¿Y esta otra de «Quisiera ser tan alto como la luna...»? ¡Y tantas y tantas más! Después de pensarlo mucho, creo que una de las canciones que más gracia me hacen de las que cantan mis Pirulindas es la de «Ambo, ató, matarile, ríle, ríle; ambo, ató, matarile, ríle, rón...»

Y por esta canción precisamente es por lo que os he dibujado en la plana de hoy un hermoso castillo medieval.

¿Que qué tiene que ver un castillo con el «ambo, ató»? ¡Toma! Pues que es lo mismo.

Porque habéis de saber que el «ambo, ató» (por casualidad, porque son tan bonitas las canciones españolas que no hace falta traer las de ninguna otra parte del mundo) es una canción francesa.

La canción original empieza así:

«J'ai un beau chateau,
mí tante, líre, líre...»



lo cual, como habréis comprendido en seguida, quiere decir:

«Tengo un hermoso castillo,
mí tia, líre, líre...»

Esa canción, que es muy popular en Francia, la trajeron los soldados de Napoleón

cuando vinieron aquí con la absurda pretensión de hacer francés nuestro país.

Los soldados cantaban la tal canción a los niños de aquí, y los niños, que no sabían el francés, repetían lo que oían, allá como Dios les daba a entender; y en lugar de «J'ai un beau chateau», ellos traducían «ambo, ató...», lo cual viene a sonar lo mismo... poco más o menos.

Y ya tenéis explicado el motivo de que yo hoy, al recordar vuestras canciones, y entre ellas el «ambo, ató», haya tenido la ocurrencia de dibujar un hermoso castillo, que es el de la canción.

Mi castillo, como veis, está rodeado de árboles y es uno de aquellos castillos que edificaban los señores feudales de la Edad Media para guarecerse en ellos contra sus enemigos; tiene sus torres, sus almenas y su puente levadizo.



Si, por la canción lo he dibujado; por eso, y también para que tengáis un modelo más de bordado fácil, que podéis reproducir a punto de zurcido con algodón azul o encarnado, y que será de un efecto excelente en cualquier objeto, tal como sobre para la servilleta o para el camisón, mantelillo, babero, bolsa de costura, etc.

Como vosotras no necesitáis, como Tildita, cantar para ahuyentar el miedo, por el sencillo motivo de que, siendo niñas completamente inteligentes y completamente razo-

nables, no tenéis miedo nunca, os aconsejo que cantéis mientras bordáis; una Pirulinda cantando, aunque no tenga una voz maravillosa, resulta siempre agradable de oír.

¡Ah! Conste que el miedo tonto es el miedo irrazonado, como el miedo a la oscuridad; hay muchos casos en la vida en que conviene tener miedo. Miedo a las indigestiones... para no comer demasiado. Miedo a los automóviles... para ser prudente al cruzar las calles. Miedo a resfriarse... para abrigarse dócilmente cuando lo manda mamá.

Y miedo, un miedo horrible, a quedarse atrás en clase, a no estar siempre entre las primeras.

